

## MENÉNDEZ PELAYO Y LA APROPIACIÓN CONSERVADORA DE CALDERÓN COMO ICONO DE LA IDENTIDAD NACIONAL

**D**esde sus orígenes, a principios del siglo XVIII, el debate sobre en qué consistía ser español, en el que participaron los más destacados intelectuales de la época, se produjo por la confrontación de posturas políticas e ideológicas enfrentadas. Dicho de otro modo, la polémica en torno a lo nacional se originó porque pensadores de ideologías opuestas lucharon por imponer su visión particular y exclusiva de la identidad nacional. Fusi ha destacado el fuerte deseo con que cada uno de estos bandos, reformista y conservador, trató de representar de manera excluyente en relación al otro su propia versión de cómo era el carácter nacional español, es decir, de cuáles eran los atributos característicos de los españoles que les hacían diferentes del resto de los pueblos de Europa<sup>1</sup>. En otras palabras, ambos bandos anhelaban no sólo desarrollar y definir su propio concepto de identidad nacional, sino también llegar a convertirlo en el que mejor representara una realidad imaginaria y social que, en consecuencia, la asumiría colectivamente como propia.

---

<sup>1</sup> Juan Pablo Fusi, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, p. 123.

Dentro de cualquier proceso de formación de la identidad nacional, en el que interaccionan diversos factores culturales, históricos y sociales que son imperativos para la formación y existencia de la nación, ocupa un lugar esencial la exaltación y reelaboración del pasado, ya que éste se convierte en elemento clave que permite desarrollar dentro de la sociedad un sentimiento único y colectivo en torno a lo nacional acorde con las aspiraciones de poder de las clases dirigentes. Nótese que por esta razón la mayor parte de las élites europeas, y no sólo las españolas, basándose en las características y rasgos esenciales de su propio pasado, desarrollaron un concepto de identidad o carácter nacional que les diferenciara notoriamente del resto de identidades que estaban formándose al mismo tiempo<sup>2</sup> ya que esos sectores dirigentes, y la intelectualidad que les acompañaba ideológicamente, eran conscientes de que ése era el camino que les permitiría mantener el control futuro del país.

En realidad, la reelaboración del pasado es esencial para lograr los objetivos políticos, económicos y culturales que se esconden detrás de todo proceso de formación de lo nacional, es decir, es el medio esencial a partir del cual se puede llegar a trascender y superar el presente y así poder proyectar un futuro coincidente con los propios intereses del grupo social dominante en cuestiones relacionadas con la identidad nacional. Frente a las visiones esencialistas de la identidad, ésta debe entenderse, en palabras de Pérez Magallón, «como una construcción maleable y resbaladiza, provisional y heterogénea, que depende, por encima de todo, de la posición y el contexto de quien habla» y, en consecuencia, cada ideología «impone la supresión o represión de todo lo que no cuadra con ella»<sup>3</sup>. Dicho de otro modo, el concepto de identidad nacional no es un proceso estático sino dinámico, ya que los diferentes aspectos y orientaciones que lo definen y conforman pueden variar dependiendo de cuál sea la orientación ideológica de las minorías dirigentes que lo gestionan y manipulan en cada momento. Sin duda, la identidad nacional esconde un enorme conflicto de intereses, ya que las mi-

---

<sup>2</sup> Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2<sup>nd</sup> ed., London, Verso, 1994, p. 4; Olga Bezhanova y Jesús Pérez-Magallón, «Recepción calderoniana, nacionalismo(s) e identidad(es) nacional(es)», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 29, n° 1 (Otoño 2004), p. 261; Fusi, *España*, p. 123.

<sup>3</sup> J. Pérez Magallón, «Hacia la construcción de Calderón como icono de la “identidad nacional”», en *El teatro del Siglo de Oro ante los espacios de la crítica*, ed. de Enrique García Santo-Tomás, Madrid, Iberoamericana, 2002, p. 279.

norías dirigentes son plenamente conscientes de que la existencia y pervivencia de la nación que ellos desean quedará asegurada una vez que la mayoría de los individuos que componen el conjunto nacional se sientan parte de esa colectividad y estén dispuestos a abandonar sus intereses individuales en nombre de una noción abstracta pero superior y colectiva.

En el caso particular español, Calderón se destaca muy pronto como un elemento esencial del pasado y pieza central del complicado armazón ideológico que fue desarrollándose como consecuencia del debate surgido en torno a lo nacional. Su figura fue utilizada y retomada por ciertos sectores dominantes para apoyar las convicciones ideológicas tradicionalistas y conservadoras que vendrán a definir una de las formas de entender la identidad nacional española. Lógicamente, a lo largo de todo el proceso la imagen del dramaturgo sufrió una profunda manipulación en un intento por adaptarla a determinados intereses políticos. En realidad, en el esfuerzo de creación de la versión conservadora del carácter nacional español no sólo se manipuló la imagen del dramaturgo español, sino también la de toda su época, hasta llegar a ser identificados con el tipo de identidad nacional que únicamente el conservadurismo quería preservar y fomentar. Por el otro lado, el tan cacareado «anticalderonianismo» de ilustrados y neoclásicos oculta con fines propagandísticos una visión mucho más matizada: la de un Calderón genial como dramaturgo y creador de lenguaje, pero también la de un continuador del arte dramático desarreglado y, sobre todo, responsable de una manera de representar la sociedad y sus valores que en el siglo de las luces ya no tiene la misma significación que en el siglo anterior, sino que se ha convertido en la representación del caos social, del desorden y del desprecio de la ley. Frente a la visión estática de lo nacional que los sectores conservadores quieren fijar de una vez y para siempre, los sectores reformistas pretenden incidir socialmente en un cambio que incluye la percepción misma de la identidad nacional.

La esencia del debate en torno a lo nacional español, que no termina en el siglo XVIII sino que se extiende a lo largo de las centurias siguientes, es prácticamente la misma. Es interesante apreciar cómo también a lo largo del siglo XIX la manipulada figura de Calderón y de toda su época vuelven a ser retomadas y recuperadas con las mismas intenciones que durante el siglo anterior, es decir, para proseguir en el camino de articular definitivamente y difundir con éxito cierta concep-

ción de la identidad nacional española. De esta forma, si en el siglo XVIII Calderón representaba el modelo de identidad nacional más tradicionalista, en la centuria del XIX la situación no hace sino acentuarse al compás del indudable desarrollo de la esfera pública, ya que la ideología conservadora continúa apropiándose y manipulando su imagen con los mismos fines políticos.

Continuando la labor ideológica de personajes como Erauso y Zabaleta, Romea y Tapia o Böhl de Faber, ejemplo esencial de la apropiación conservadora de Calderón en el siglo XIX lo constituye Menéndez Pelayo<sup>4</sup>, uno de los intelectuales más destacados de una de las épocas más decisivas no tanto para la formación de la identidad nacional española como para su traslación al lenguaje y a la acción explícitamente políticos. El objetivo fundamental de este artículo es demostrar cómo la labor de Menéndez Pelayo en el terreno político-ideológico, que representa el cierre de dos siglos de encarnizado debate, sirvió para que la identificación entre Calderón y el conservadurismo político se hiciera más estrecha que nunca. Es decir, nuestra intención es demostrar que en la mayor parte de sus escritos, proyectos y acciones vitales se observa un esfuerzo común por alcanzar mediante la apropiación de Calderón aquello que Wulff ha definido como «la identificación de España con el catolicismo, la reivindicación de la política imperial de los Austrias [...], la execración de todo lo que no identificara a España con el catolicismo como extranjero y antiespañol, la exaltación de las glorias patrias»<sup>5</sup>. Sin duda, Menéndez Pelayo, cuya visión de la identidad nacional española seguía genealógicamente vinculada a la de los sectores conservadores dieciochescos, consiguió, mediante sus numerosos escritos y apariciones públicas, que el dramaturgo español quedara definitivamente convertido en el icono característico de la visión conservadora de la identidad nacional española.

De la misma manera que a lo largo del siglo XVIII, en el XIX el intento de imposición de una ideología política sobre la otra en cuestiones relacionadas con la identidad nacional nos permite generalizar al

---

<sup>4</sup> El colector de sus *Obras completas* afirma en nota a pie de página, al comienzo del «Estudio crítico sobre Calderón», t. VIII, pp. 307-383, que las lecciones que componen *Calderón y su teatro*: «no son ya la expresión cabal y adecuada de su pensamiento, y que el verdadero libro sobre Calderón no lo ha escrito todavía» (p. 397).

<sup>5</sup> Fernando Wulff, *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la Construcción de la Identidad Española (Siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 148.

hablar de la realidad hispánica y valorarla en su totalidad «como un conjunto sociológico [...] formado por elementos en constante interrelación con frecuencia contradictoria y hasta conflictiva»<sup>6</sup>. Semejante contradicción y conflictividad surgen fundamentalmente como consecuencia de la imparable «labor de reelaboración»<sup>7</sup> del pasado llevada a cabo por los agentes del proceso de creación o invención identitario, puesto que dicha reelaboración y recuperación responde a los intereses y fines políticos de cada grupo<sup>8</sup>, con lo que cualquier pretensión de objetividad se contrapone a un proceso constante de manipulación.

En ese contexto, las intervenciones de los sectores conservadores a lo largo de los siglos XVIII y XIX tenían como fin último la creación del mito nacional católico y monárquico que, en opinión de Wulff, «llevaría a su culminación Menéndez Pelayo»<sup>9</sup>, el intelectual más influyente y complejo, más aclamado y criticado a lo largo de la historia de la España contemporánea por defender y aunar «desde posiciones católicas ultraortodoxas las dos cruciales cuestiones del carácter español»<sup>10</sup>, es decir, la monarquía y la religión, opinión compartida por Santoveña-Setién, quien ha señalado que contribuyó esencialmente a la elaboración de «una visión del pasado español significada por la intransigencia y por una identificación entre catolicismo y nacionalidad»<sup>11</sup>.

Hoy podemos afirmar que la finalidad de la mayor parte de la obra de Menéndez Pelayo, tanto en literatura como en política, fue la consecución de dicho objetivo, es decir, establecer de una forma intelectualmente irreversible la identificación de España y de los españoles con el catolicismo y el monarquismo reaccionario (idealmente plasmado en la casa de Austria). Por esta razón, su aportación ideológico-política puede considerarse como un paso fundamental en el proceso destinado a la configuración del modelo conservador de identidad nacional. Con razón, Pérez Embid sostiene que «la conciencia española no es intelligen-

---

<sup>6</sup> Manuel Tuñón de Lara, *Estudios de Historia Contemporánea*, 2ª ed., Barcelona, Nova Terra, 1977, p. 49.

<sup>7</sup> José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa*, Madrid, Taurus, 2001, p. 417.

<sup>8</sup> O. Bezhanova y J. Pérez-Magallón, «La identidad nacional y Calderón en la polémica teatral de 1762-64», *Revista de Literatura*, nº 131 (2004), p. 105.

<sup>9</sup> F. Wulff, *Las esencias patrias*, p. 417.

<sup>10</sup> F. Wulff, *Las esencias patrias*, p. 417.

<sup>11</sup> Antonio Santoveña Setién, *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, Santander, Concejalía de Cultura, 1994, pp. 245-246.

ble sin él. Sabemos que —sea cualquiera la estructura y la amplitud de las unidades políticas del futuro— nosotros y quienes vengan detrás no podremos prescindir de Menéndez Pelayo, siempre que queramos entender concretamente qué cosa es lo que decimos cuando decimos España»<sup>12</sup>.

Los tres rasgos característicos del perfil de Menéndez Pelayo fueron, en palabras de Vigón, «su catolicismo, su amor a la Patria y su fe monárquica»<sup>13</sup>. No obstante, de esos aspectos definidores (catolicismo, españolismo y monarquismo) ninguno llama tanto la atención como el primero. El mismo Menéndez Pelayo se vanagloriaba continua y públicamente de su fe. En cierta ocasión afirmó que el catolicismo «constituía la esencia de su ser y de su modo de entender la existencia», al tiempo que se declaraba «católico no nuevo ni viejo sino católico a machamartillo [...] católico, apostólico, romano, sin matizaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia [...] ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso»<sup>14</sup>, declaraciones contundentes que repetiría poco tiempo después en el «Discurso preliminar» a la *Historia de los heterodoxos españoles*, donde, además, puso de manifiesto que constituían el soporte doctrinal a partir del cual iba a desplegar su labor historiográfica<sup>15</sup>, labor que empezaba por la identificación de sus enemigos en el terreno religioso. Álvarez Junco ha destacado de manera acertada que, en dicha obra, los heterodoxos o enemigos españoles eran representados y definidos como miembros de

la raza española, desde el punto de vista del nacimiento y la sangre, pero la idea de raza incluía también una manera de ser y pensar que le era propia y en la que figuraba de manera inexcusable una religión, en este caso, el catolicismo. Los heterodoxos, hijos de sangre española pero no

---

<sup>12</sup> Florentino Pérez Embid, «La participación de Menéndez Pelayo en la política activa», en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, ed. de F. Pérez Embid, Madrid, Editora Nacional, 1956, p. 394.

<sup>13</sup> Jorge Vigón, «Ante un centenario próximo», en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, p. 468.

<sup>14</sup> Marcelino Menéndez y Pelayo, *La ciencia española I. Obras Completas* t. 58, Santander, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, pp. 200-201.

<sup>15</sup> M. Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, 2 vols. *Obras Completas* t. 39, p. 55.

católicos, constituían una especie aberrante, antinatural. De esta manera [...] identificaba Menéndez Pelayo al enemigo interno<sup>16</sup>.

Lo que Menéndez Pelayo intentó con la *Historia de los heterodoxos españoles* fue desarrollar un poderoso instrumento con que atacar a quienes no se identificaran con su doctrina, de modo que en su obra articuló todo un esquema mental que, en opinión de Tuñón de Lara, sirvió para «marginar de lo español a sus adversarios ideológicos, así transformados en enemigos»<sup>17</sup>.

Para comprender el posicionamiento político de Menéndez Pelayo tal vez baste acercarse a su forma de entender uno de los enfrentamientos más trascendentes del siglo XIX, la guerra de la independencia, a la que hace referencia en varias ocasiones. El caso es que ninguna de sus tesis principales tenía gran novedad, puesto que el pensamiento central acerca de la guerra era un lugar común en el pensamiento reaccionario español. La opinión de Menéndez Pelayo aparece formulada así:

Para que rompiésemos aquel sopor indigno; para que de nuevo resplandeciesen con majestad no usada las generosas condiciones de la raza, aletargadas, pero no extintas [...] para recobrar [...] la conciencia nacional [...] era preciso que un mar de sangre corriera desde Fuenterrabía hasta el seno gaditano, y que en esas rojas aguas nos regenerásemos, después de abandonados y vendidos por nuestros reyes, y de invadidos y saqueados con perfidia e iniquidad mas que púnicas por la misma Francia, de la cual todo un siglo habíamos sido pedisecuos y remedadores torpísimos [...] La resistencia se organizó democráticamente y a la española, con ese federalismo instintivo y tradicional, que surge aquí en los grandes peligros y en los grandes reveses, y fue, como era de esperar, avivada y enfervorizada por el espíritu religioso, que vivía íntegro<sup>18</sup>.

De la cita recién transcrita se puede extraer no sólo la opinión personal de Menéndez Pelayo acerca del conflicto bélico en sí mismo, sino también la estrecha relación de su pensamiento con los planteamientos configurados a lo largo del tiempo por la minoría intelectual conservadora. En su opinión, del mismo modo que para quienes compartían su

---

<sup>16</sup> J. Álvarez Junco, *Mater dolorosa*, p. 457.

<sup>17</sup> M. Tuñón de Lara, *Estudios de historia contemporánea*, p. 52.

<sup>18</sup> M. Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, t. 40, pp. 8-9.

ideología, la guerra de la independencia consistió fundamentalmente en un movimiento popular, católico y tradicional, opuesto al ideario liberal que, teniendo su base en Francia, se esparció por gran parte de Europa. Según él, el levantamiento popular de los españoles contra los franceses representó, en gran medida, una rebelión del pueblo contra el reformismo ilustrado, es decir, contra los ideales del siglo XVIII —calificado miope y errónea pero intencionadamente de *francés*—. Menéndez Pelayo entendió, pues, la guerra de la independencia como una protesta sangrienta contra el espíritu racionalista y reformista dieciochesco que, para la historiografía conservadora, se asociaría exclusivamente con el pensamiento francés “introducido” en España por la casa de Borbón y sus colaboradores. O dicho en palabras de Fernández Barros:

Menéndez Pelayo vio y sintió el levantamiento contra el invasor francés como [...] la rebelión de los elementos más tradicionales de la sociedad española, apoyados por sectores mayoritarios de la población, contra la imposición de usos, costumbres y prácticas ajenos al vivir histórico de los españoles, que se venían introduciendo e imponiendo desde los días aurales de la dinastía borbónica<sup>19</sup>.

En definitiva, Menéndez Pelayo achacó la situación de decadencia de la cultura “verdaderamente” española a la introducción del liberalismo, estrechamente relacionado, en su opinión, con las revolucionarias ideas procedentes de Francia, al que criticó y atacó duramente en una parte considerable de su obra por considerarlo una amenaza para el sistema político-social conservador.

La preocupación españolista le llevó a tratar de encontrar los motivos profundos del drama español del siglo XIX que para él básicamente se resumían en uno: la destrucción y olvido de la auténtica conciencia nacional española<sup>20</sup>. Es decir, temía que la destrucción producida fundamentalmente por el avance de las ideas progresistas de todo tipo —y que para él eran sinónimo de ideas revolucionarias— pusiera fin «al fuerte componente católico de la sociedad española y al protagonismo que en la misma tenía la iglesia»<sup>21</sup>. Basándose en estas premi-

---

<sup>19</sup> Enrique Fernández Barros, «Menéndez Pelayo y el liberalismo», *Hispanífila*, 28 (Sep 1984), p. 33.

<sup>20</sup> E. Fernández Barros, «Menéndez Pelayo y el liberalismo», p. 41.

<sup>21</sup> A. Santoveña Setién, *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, p. 152.

sas, su estrategia se centró en la defensa apologetica del catolicismo, al que —como todas las políticas conservadoras— consideraba el elemento unificador de España. A partir de la religión, Menéndez Pelayo confiaba en poder articular un estado fuerte desde el que hacer frente a cualquier embate progresista que pudiera poner en peligro la unidad de España porque, en su opinión, «la unidad católica era el verdadero motor de su actitud en la vida española [...] era la construcción [...] sobre la cual debía apoyarse nuestra conciencia nacional unitaria»<sup>22</sup>. Para la exitosa creación de esa conciencia nacional, de esa conciencia colectiva española, se debía buscar, en palabras de Fernández Barros, «lo esencial hispánico, las claves profundas del vivir histórico de los españoles»<sup>23</sup>.

Nótese que los objetivos de Menéndez Pelayo relacionados con la recuperación de la conciencia nacional no contenían nada nuevo, puesto que, por un lado, de manera similar a lo que ya habían hecho otros ideólogos conservadores del siglo de las luces, recurrió a la historia (es decir, a la búsqueda e indagación en el pasado de los factores esenciales y diferenciadores de lo nacional español) por considerarla el medio esencial a través del cual poder influir en el orden vigente. Así, mediante el análisis de la trayectoria seguida por nuestro país a lo largo de los siglos, pretendía recuperar lo que se le aparecía como componentes vertebradores de España<sup>24</sup> sobre los que elaborar una doctrina completa de la nación española.

Por otro lado, tampoco era novedosa para el pensamiento conservador de la época la siguiente reflexión: si la nación española debía por completo su existencia al efecto unificador ejercido por el catolicismo, entonces el siglo clave de la historia era el siglo XVI, por representar dicho período el momento en que la sociedad había estado impregnada del mayor fervor religioso. Por lo tanto, su intento de revalorización del siglo XVI debe entenderse como una modificación paradójica del programa político que la ideología conservadora había iniciado en el siglo XVIII y continuado a lo largo del XIX para configurar y definir lo que a ellos les interesaba que fueran las señas de identidad de España. En realidad, Menéndez Pelayo se aproximó involuntariamente

---

<sup>22</sup> F. Pérez Embid, «La participación de Menéndez Pelayo en la política activa», pp. 398-399.

<sup>23</sup> E. Fernández Barros, «Menéndez Pelayo y el liberalismo», p. 29.

<sup>24</sup> A. Santoveña Setién, *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, p. 157.

—y se distanció al poner el acento en la (inexistente) ortodoxia católica de dicha época, hilo que le permitía unirla a la de Calderón— al rescate que los ilustrados y neoclásicos habían llevado a cabo de la cultura del siglo XVI, convertido por ellos en el Siglo de Oro por antonomasia<sup>25</sup>. La justificación de la necesidad de revalorizar el siglo XVI español la proporciona Menéndez Pelayo en una de las conferencias que impartió con motivo de la conmemoración del segundo centenario de la muerte de Calderón en el círculo de la Unión Católica de Madrid y en concreto la segunda conferencia que tituló «El hombre, la época y el arte»:

el carácter que desde luego salta a la vista en aquella sociedad española del siglo XVI, continuada en el siglo XVII [...] la nota fundamental y característica es el fervor religioso que se sobrepone al sentimiento del honor, al sentimiento monárquico y a todos los que impropriamente se han tenido por fundamentales y primeros. Ante todo, la España del siglo XVI es un pueblo católico<sup>26</sup>.

Por lo tanto, según su opinión, el desarrollo más importante del siglo XVI era que durante esa centuria «se había producido una identificación plena entre la nacionalidad y religión»<sup>27</sup>. De esta forma, su proyecto de futuro daba prioridad a la permanencia o recuperación de los valores existentes durante el Siglo de Oro, al estar convencido de que durante dicha centuria existió una monarquía caracterizada por la moderación y el catolicismo ortodoxo (es decir, contrarreformista, olvidando la ebullición religiosa que representaron las variantes erasmistas e incluso algunos misticismos). Estos dos aspectos, moderación y catolicismo, que habían permitido que en el pasado existiera la plena identificación entre nacionalidad y su personal concepción de la religión, eran

---

<sup>25</sup> Juan Manuel Rozas, «Siglo de Oro: Historia de un concepto, la acuñación de un término», en *Homenaje al profesor Francisco Ynduráin. Estudios sobre el Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1984, p. 414; J. Pérez-Magallón, *En torno a las ideas literarias de Mayans*, Alicante, Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, 1991, pp. 252-261; *Construyendo la modernidad: la cultura española en el “tiempo de los novatores” (1675-1725)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002, pp. 234-237.

<sup>26</sup> M. Menéndez y Pelayo, *Calderón y su teatro*, Madrid, Impr. de la “Revista de Archivos”, 1910, p. 58.

<sup>27</sup> A. Santoveña Setién, *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, p. 174.

los que él tanto anhelaba recuperar o mantener para la España de su tiempo.

A partir de lo establecido hasta el momento, son dos los aspectos esenciales que destacan por encima del resto en la labor realizada por Menéndez Pelayo en relación a la identidad nacional: el primero, su opinión acerca de la importancia que el Siglo de Oro tuvo para la historia de España; el segundo, la dialéctica continuidad-discontinuidad de todo su pensamiento respecto al modelo desarrollado por el conservadurismo a lo largo de los siglos XVIII y XIX. En el primer sentido, continuó la versión católico-monárquica que la ideología conservadora había establecido en un intento por vincular de manera definitiva la identidad nacional española (el ser histórico de España) con el catolicismo y el monarquismo típicamente habsburgués. Además, no sólo recurrió al Siglo de Oro —es decir, al siglo XVI esencialmente, aunque prolongado espuriamente en un XVII cuyas rupturas prefiere soslayar—, sino que también recuperó la imagen de Calderón artificialmente configurada y tremendamente manipulada a lo largo del siglo anterior. Menéndez Pelayo volvió a defender a Calderón por representar, en su opinión, el genuino compendio de las señas principales de la identidad nacional española, es decir, «la expresión viva de los valores españoles»<sup>28</sup>. Ahora bien, si, por un lado, siguió haciendo uso del históricamente manipulado mito de Calderón con los mismos intereses y con la misma simbología que cualquier otro intelectual de su misma ideología política antes que él, por el otro, llevó a cabo la apropiación conservadora de la figura e imagen del dramaturgo (y de toda su época) con más fuerza y autoridad que nunca.

En consonancia con su militancia católica y conservadora, Menéndez Pelayo se dedicó a ligar la figura del dramaturgo (que, reiteramos, ya había sufrido todo un proceso de manipulación intencionado de acuerdo a los intereses del proyecto político del grupo conservador<sup>29</sup>) con «la idiosincrasia española»<sup>30</sup> para culminar la apropiación

---

<sup>28</sup> J. Álvarez Junco, *Mater dolorosa*, p. 447.

<sup>29</sup> Joaquín Álvarez Barrientos, «Pedro Calderón de la Barca en los siglos XVIII y XIX. Fragmentos para la historia de una apropiación», en *Estado actual de de los estudios calderonianos*, ed. de L. García Lorenzo, Kassel, Festival de Almagro; Reichenberger, 2000. pp. 279-324; J. Pérez Magallón, «Hacia la construcción de Calderón como icono de la “identidad nacional”», pp. 275-305; O. Bezhanova y J. Pérez Magallón, «La identidad nacional y Calderón en la polémica teatral de 1762-64», *Revista de Literatura*, n° 131

conservadora de Calderón. De ahí procede su empeño por identificar reiteradamente al dramaturgo con la imagen misma del catolicismo: «Calderón es un poeta católico por excelencia. En llevar cierta especie de simbolismo cristiano a las tablas indudablemente obtiene el lauro entre todos los nuestros [...] Este simbolismo [...] constituye la mayor gloria de Calderón»<sup>31</sup>. Sin embargo, no se limita a esa faceta calderoniana. Por el contrario, lo ensalza a la grandeza simbólica que sólo poseen los iconos culturales:

Calderón [...] ha realizado, ha idealizado y ha transfigurado todo lo que le pareció grande, noble y generoso en la sociedad de su tiempo. Ésta es su mayor grandeza. De aquí que llegara a convertirse en símbolo de raza, y que su nombre vaya unido siempre al de España; de aquí que se le considere en todas partes como nuestro poeta nacional por excelencia. Y cuando se busque un autor que cifre, compendie y resuma en sí todas las grandezas intelectuales y poéticas de nuestra edad de oro, se fijan sin querer los ojos y nombran los labios a don Pedro Calderón de la Barca [...] Calderón es la España antigua [...] con el orgullo nacional no vencido ni amilanado por las derrotas; con el sentimiento religioso, con el sentimiento monárquico, con el sentimiento de la justicia y de la libertad patriarcales; en suma: con todo el prestigio de la tradición, decadente pero no adulterada. En suma [...] es Calderón poeta españolísimo, como lo es por sus ideas, y de todos los nuestros el menos influido por ninguna literatura extraña [...] el más hijo de su siglo. Éste es el valor de Calderón dentro de la cultura española<sup>32</sup>.

Al inscribir lateralmente en ese adjetivo «decadente» el rechazo íntimo que un clasicista horaciano y romántico como él sentía hacia las desmesuras barrocas —antigongorino sin palinodias y, por lo mismo, opuesto al lenguaje calderoniano—, la asociación clave que resulta del párrafo copiado es que —al margen de sus fobias y filias personales—

---

(2004), pp. 99-129; Luis Iglesias Feijoo, «Calderón, ayer y hoy. Sobre el origen romántico de la visión actual de Calderón», en *Proyecciones y significados del teatro clásico español*, coord. José M<sup>a</sup> Díez Borque y José Alcalá-Zamora, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2004, pp. 139-159.

<sup>30</sup> André Baron, «Menéndez Pelayo ante la Francia de su tiempo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, L (1974), p. 226.

<sup>31</sup> M. Menéndez y Pelayo, *Calderón y su teatro*, pp. 306-307.

<sup>32</sup> M. Menéndez y Pelayo, *Calderón y su teatro*, p. 313-316.

Calderón *es* España, *es* la raza, *es* la tradición. De esa manera, los sectores reaccionarios encuentran formulada sin resquicios la identificación ideológica entre conservadurismo político y dramaturgo prestigioso, con todos los elementos de carácter psicológico y afectivo que lo hacen desde ese momento icono indiscutible de la derecha española y, por un proceso de absorción imaginaria casi inconsciente, también para la izquierda. La lectura de las alabanzas y elogios expresados por Menéndez Pelayo hacia la figura de Calderón demuestra la estrecha relación existente entre estos elogios y todos aquellos que ya otros intelectuales habían dedicado con anterioridad al mismo dramaturgo para sentar los valores constitutivos de la identidad nacional española. Así, Menéndez Pelayo elogió y exaltó la figura del dramaturgo del Siglo de Oro utilizando una simbología y una retórica que tenían como objetivo la apropiación exclusiva y excluyente de Calderón para el conservadurismo político y cultural.

Quizás la ocasión en la que el intelectual santanderino nombrara a Calderón con más fuerza y contenido político que nunca tuvo lugar en su famoso discurso conocido como *Brindis del Retiro*, que pronunció en mayo de 1881, coincidiendo con la celebración del segundo centenario de la muerte del dramaturgo organizada en Madrid por el grupo liberal. Por aquel entonces militaba en los cuadros de la Unión Católica, o el partido de los neocatólicos, grupo de la extrema derecha conservadora<sup>33</sup> que había sido fundado para defender y exaltar el catolicismo disfrazado bajo el término *España*, en el que por afinidad de intereses se encontraba a sus anchas. En cuanto al homenaje, acudieron numerosos catedráticos y universitarios, todos ellos reunidos en honor del «poeta nacional»<sup>34</sup>. Por parte de los organizadores se trató de exaltar su patriotismo, pero vinculándolo con las ideas y grupos sociales que apoyaban el liberalismo. Los liberales aprovecharon la oportunidad para exponer una vez más no sólo los problemas y el retroceso relacionados con aspectos tan característicos de la época de Calderón como la superstición y la intolerancia, a los que, en realidad, consideraban como limitaciones debidas al catolicismo, sino también, en su opinión, que estas mismas limitaciones, posiblemente gracias a la imparable labor de los conservadores, seguían tristemente caracterizando y definiendo la realidad pre-

---

<sup>33</sup> E. Fernández Barros, «Menéndez Pelayo y el liberalismo», p. 30.

<sup>34</sup> J. Álvarez Junco, *Mater dolorosa*, p. 447.

sente del pueblo español. No obstante, el liberalismo reivindicaba las glorias del pasado, glorias como Calderón, aunque depuradas de todo su contenido católico. Y esto, para quienes identificaban la religión con España (Unión Católica y Menéndez Pelayo), era algo intolerable, por lo que la nobleza, la iglesia y las órdenes militares no apoyaron el homenaje. De esa manera, un acto que había sido concebido para exaltar a la nación española en sus hechos y glorias literarias pasó a ser motivo de discusión y enfrentamiento entre las ideas defendidas por los diferentes grupos políticos, negándose unos a otros la condición de españoles<sup>35</sup> (algo que, como ya sabemos, no era nuevo en la historia de España).

La celebración del centenario de Calderón se desarrolló con la normalidad prevista e incluso los actos conmemorativos finalizaron con un banquete que había sido preparado en la Fonda Persa del Retiro. El enfrentamiento surgió en el momento en que diversos asistentes y organizadores (liberales) pronunciaron breves discursos con motivo de la solemnidad que les había reunido en el acto conmemorativo. Éstos fueron los momentos más conflictivos, ya que bajo ningún concepto trataron de «disimular sus ideas anticatólicas en un homenaje dedicado [en teoría] precisamente a honrar al más católico teólogo de los dramaturgos españoles»<sup>36</sup>. Sin duda, para Menéndez Pelayo fue clara y patente la contradicción de que, al ser Calderón «la expresión íntima de los ideales de la contrarreforma española, no podía ser admirado por los liberales españoles»<sup>37</sup>. En definitiva, por considerar el homenaje a Calderón como algo «demasiado pagano, festivo y estatal»<sup>38</sup>, Menéndez Pelayo, que en aquel momento con sólo veinticinco años y ya consagrado como catedrático, académico y conocido por su acérrima defensa de la tradición católica española, alzó su copa para brindar por la España tradicional y, con ella, por la razón esencial de su ser, que *era* el de España. Con el discurso pronunciado efectuó su primera intervención de resonancia política a la vez que ganó gran popularidad y simpatía entre todos los católicos reaccionarios españoles. Francamente, no era para menos des-

---

<sup>35</sup> Javier Varela, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999. p. 45.

<sup>36</sup> José María de Cossío, «Biografía y símbolo de Menéndez Pelayo», en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, p. 81.

<sup>37</sup> E. Fernández Barros, «Menéndez Pelayo y el liberalismo», p. 38.

<sup>38</sup> J. Álvarez Junco, *Mater dolorosa*, p. 455.

pués del partidismo de su discurso en favor del grupo conservador al implicar en su totalidad, en palabras de Fernández Barros, «la vuelta al tradicional pensamiento español [...] frente a las tendencias “europeizadoras” y “progresistas”»<sup>39</sup>. Una vez conocidas sus tradicionalistas afirmaciones, algunas de ellas citadas extensamente a continuación, se comprenderá por qué sus palabras causaron un gran revuelo y agitación en el ambiente intelectual y político de aquellos días:

Yo no pensaba hablar, pero las alusiones que me han dirigido los señores que han hablado antes me obligan a tomar la palabra. Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fe católica, apostólica, romana [...] Por la fe católica, que es el *substratum*, la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte.

Brindo, en segundo lugar, por la antigua y tradicional monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que durante todo el siglo XVI vivió de un modo cenobítico y austero; y brindo por la casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios a los nuestros, se convirtió en portaestandarte de la Iglesia, en gonfaloniera de la Santa Sede durante toda aquella centuria.

Brindo por la nación española, amazona de la raza latina, la cual fue escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y de herejía que separó de nosotros a las razas septentrionales.

Brindo por el municipio español, hijo glorioso del municipio romano y expresión de la verdadera y legítima y sacrosanta libertad española, que Calderón sublimó hasta las alturas del arte en *El alcalde de Zalamea*, y que Alejandro Herculano ha inmortalizado en la historia.

En suma: brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte; sentimientos e ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cuales nos enorgullecemos y vanagloriamos nosotros, los que sentimos y pensamos como él, los únicos que con razón y justicia, y derecho, podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español y católico por excelencia; el poeta de todas las intolerancias e intransigencias católicas; el poeta teólogo; el poeta *inquisitorial*, a quien nosotros aplaudimos, y festejamos, y bendecimos, y a

---

<sup>39</sup> E. Fernández Barros, «Menéndez Pelayo y el Brindis del Retiro», *Ábside. Revista de Cultura Mexicana*, 37 (1973), p. 83.

quien de ninguna suerte pueden contar por suyo los partidos más o menos liberales, que en nombre de la unidad centralista, a la francesa, han ahogado y destruido la antigua libertad municipal y foral de la península, asesinada primero por la casa Borbón y luego por los gobiernos revolucionarios de este siglo.

Y digo y declaro firmemente que no me adhiero al centenario en lo que tiene de fiesta semipagana, informada por principios que aborrezco y que poco habían de agradar a tan cristiano poeta como Calderón, si levantase la cabeza<sup>40</sup>...

Las razones por las que Menéndez Pelayo pronunció su discurso son la prueba más directa de la pervivencia y la vigencia de una conciencia nacional escindida a lo largo de la historia de España, de un enfrentamiento abierto e interminable entre el pensamiento de corte conservador tradicional y el pensamiento de índole liberal, por resumir una diversidad indiscutible de perspectivas. Por ello, no cabe duda que el contenido de su discurso es altamente polémico, puesto que resume la esencia del pensamiento no sólo de su autor, sino también de quienes compartían su ideología y adscripción política que, por aquel entonces, pertenecían al ala más extremista del conservadurismo español. Éstos fueron los que no soportaron que el control y la posesión de una gloria nacional como Calderón, a quien ellos ya consideraban como algo *suyo*, pudieran verse amenazados. En realidad, no sólo temían por Calderón, sino también por el mantenimiento y predominancia de los tres elementos esenciales y prioritarios que, a lo largo de la historia, les habían servido para defender y abogar por una idea tradicional de España: catolicismo, monarquismo y españolismo.

Sin duda, estos tres componentes básicos y constitutivos de la ideología conservadora son los que Menéndez Pelayo trataba de recuperar, defender y exaltar por encima de aquellos que habían intentado menoscabarlos. El primero de ellos, el catolicismo, era posiblemente el que tenía para él una mayor importancia. A lo largo de nuestro trabajo hemos visto cómo la defensa del catolicismo tuvo siempre un papel prioritario en toda su obra. Sin duda, este principio representaba, tal y como Pérez Embid ha definido, «la construcción científica sobre la cual

---

<sup>40</sup> M. Menéndez y Pelayo, *Estudios y Discursos de crítica histórica y literaria III. Obras Completas*, t. 8, pp. 385-386.

ha de apoyarse después de él una recta conciencia española unitaria»<sup>41</sup>. En otras palabras, el catolicismo era la base a partir de la cual tanto él como otros intelectuales del partido conservador habían intentado desplegar una ardua labor en el terreno ideológico. Para ellos, nuevamente en palabras de Pérez Embid, «era esta preocupación por la unidad católica el verdadero motor de su actitud en la vida española»<sup>42</sup> puesto que, por un lado, era el elemento que verdaderamente definía nuestra personalidad colectiva como pueblo, como nación, y, por el otro, era el que siempre había dado verdadero sentido a nuestra historia. Pero Menéndez Pelayo no se conforma con hablar del catolicismo y de algunos de sus símbolos, sino que elogia al «poeta de todas las intolerancias e intransigencias católicas; el poeta teólogo; el poeta *inquisitoriales*». No se trata, pues, de una visión flexible y tolerante del catolicismo, sino de su lado más oscuro y tenebroso, o sea, el propio del reaccionarismo más furibundo.

El segundo componente o elemento vertebrador de la identidad nacional según el pensamiento conservador español, el monarquismo, también estaba contenido en el discurso de Menéndez Pelayo. El discurso tenía ciertas implicaciones políticas puesto que con él también trató de exaltar a la casa de Austria, «la antigua y tradicional monarquía española». No se trata, como en el caso del catolicismo, de un monarquismo que pudiera hacerse compatible con el constitucionalismo moderno, sino de esa monarquía absoluta y absolutista, cuya mejor encarnación, a pesar del propio Menéndez Pelayo, la proporcionaría el Borbón Fernando VII. En realidad, por un lado, exaltó la defensa y la gran labor que la dinastía de los Habsburgo había hecho por el catolicismo y, por otro lado, criticó el hecho de que tuviera intereses contrarios a los de los españoles al ser en su esencia una monarquía de origen foráneo. Aun así, su apoyo y exaltación quedaron claros en su discurso, puesto que lo que realmente se proponía era desautorizar no a la casa de Austria, sino a la actual dinastía reinante: la de los Borbones. No olvidemos que en 1881 estaba reciente el comienzo de la restauración borbónica, no de los Austrias, de modo que, en cierto sentido, sus palabras y su aparición en la vida pública española tuvieron quizás un mayor alcance

---

<sup>41</sup> F. Pérez Embid, «Estudio preliminar», en *Marcelino Menéndez Pelayo. Textos sobre España*, 2ª ed., Madrid, Ediciones Rialp, 1962, p. 114.

<sup>42</sup> F. Pérez Embid, «Estudio preliminar», p. 114.

por haberse desarrollado en el momento en que aquella dinastía trataba de dar sus nuevos primeros pasos en medio de un panorama político extremadamente conflictivo. Es imposible negar que el discurso de una figura tan respetada y admirada como en el caso de Menéndez Pelayo, quien tan abiertamente desaprobó y retiró su apoyo a la nueva dinastía reinante, tuvo que tener cierto impacto en la vida española, o al menos esa era la intención de su orador.

En lo que se refiere al último de los componentes vertebradores del carácter nacional, el españolismo, este principio está representado en el discurso de Menéndez Pelayo a través del intento de exaltación de lo latino, de la importancia concedida a la raza latina frente a la germánica, a la que califica de bárbara. Aun así, la exaltación de lo latino se vincula al catolicismo, en la medida en que España fue la barrera que el protestantismo no pudo superar. Debe señalarse que en relación a este tercer componente, Menéndez Pelayo, quizás movido por la pasión del momento, no tuvo en cuenta que Calderón, de la misma manera que Lope, había exaltado continuamente los orígenes godos, y no precisamente por su barbarie. Por eso, es posible que estas palabras no sobrasen dentro de un acto destinado a homenajear a Calderón. Volviendo a la barbarie atribuida a la raza germánica, las cosas no quedaron así, puesto que poco después el *Epistolario* de Menéndez Pelayo nos confirma que el pensador recibió varias quejas de Hugo Schuchardt, destacado hispanista alemán y célebre estudioso de la obra de Calderón, por el ataque que el pensador español había lanzado contra los suyos. De ahí la dudosa aclaración que Menéndez Pelayo se vio obligado a hacer en una carta fechada el 21 de agosto de 1881 y dirigida a Hugo Schuchardt en la que dice:

en el brindis a que usted alude, yo no dije nada en pro ni en contra de la cultura alemana. Y si no, ahí está el texto del discurso, publicado en todos los periódicos católicos de España y traducido al francés por *L'Univers*, que quizá habrá llegado a Alemania. Mi brindis fue católico y español: ensalcé todas las grandes ideas de nuestro Siglo de Oro (la religión —la monarquía popular—, la organización municipal y descentralizadora) y; dije, para glorificar a España, que había sido brazo de guerra del catolicismo y de la Europa latina contra la barbarie germánica. Bien claro se ve que la barbarie a que aludo es la herejía de Lutero; y usted bien sabe que el nombre de barbarie aplicado a las ideas de los pueblos

del norte, es una frase hecha, principalmente en Italia, y que no envuelve ninguna expresión de menosprecio, sino diferencia de razas, de historia y de inclinaciones<sup>43</sup>.

En realidad, sea como sea, tanto del *Brindis del Retiro* como de la carta a Hugo Shuchardt se desprende que, en lo que respecta a la barbarie germánica, Menéndez Pelayo no sólo la utilizó como excusa para desarrollar y volver a reiterar la importancia que sus ideas religiosas tenían para la unidad y permanencia de la nación, sino que con el ataque a lo germánico confiaba contribuir en alguna medida a reforzar y consolidar la posición de la iglesia y lo español como baluarte último frente al avance de un fermento revolucionario que, aunque no lo reconociera abiertamente, también ahora amenazaba, al igual que había ocurrido durante la Edad Media, con destruir todos los elementos configuradores de la tradición cristiana.

Aparte de los tres componentes vertebradores del carácter nacional español contenidos en el discurso de Menéndez Pelayo, destaca aquello que, relacionado con la antigua monarquía, en su discurso llama la «democracia municipal» y que es, en realidad, el sucedáneo falaz que los conservadores como él contraponen a la democracia parlamentaria y representativa, es decir, es la máscara “pseudodemocrática” tras la que ocultan su profundo y muy arraigado antidemocratismo. Amparándose en *El alcalde de Zalamea* para exaltar esa organización municipal, olvida, por ejemplo, que en la obra se está reclamando una muy avanzada separación de jurisdicciones para tratar asuntos civiles o criminales y no militares. Para terminar, en el *Brindis del Retiro* el pensador español afirma, reclama y justifica de modo altamente ultramontano el derecho exclusivo de los reaccionarios españoles a apropiarse de una figura como Calderón; en otras palabras, explícitamente se reclama el derecho único e indiscutible sobre el dramaturgo por considerarlo la figura que verdaderamente representaba la raza y la tradición española —realidades que sólo los conservadores parecen tener derecho a reivindicar y representar— cosa que, a nuestro entender, no había hecho hasta la fecha ninguno de los anteriores exaltadores calderonianos.

---

<sup>43</sup> M. Menéndez y Pelayo, *Epistolario*, ed. de Manuel Revuelta Sañudo, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982, t. 5, p. 196.

Como resultado de la significación tradicionalista de sus planteamientos, es decir, como resultado de la enérgica defensa que un español a machamartillo había hecho de la figura de Calderón, el *Brindis del Retiro* consiguió que los ultracatólicos reclamaran con más fuerza y derecho que nunca afirmaciones del tipo «Calderón es nuestro»<sup>44</sup>. En este sentido, la exaltación del dramaturgo del Siglo de Oro, o, en concreto, la simbología que se desprendía de su imagen, representó, nuevamente, la defensa de un modo de entender la identidad nacional que había ido desarrollándose desde el siglo XVIII, aunque esta vez, gracias a la actuación y participación de Menéndez Pelayo, la asociación Calderón-partido conservador se fijó de un modo sin precedentes. En otras palabras, la apropiación ortodoxa y reaccionaria de Calderón parece ya irreversible, y la figura del dramaturgo se convierte en icono cultural permanente de la parafernalia política conservadora. No hay duda que la polarización política del país es el marco en el que dicho proceso tiene lugar, pero también hay que reiterar nuevamente la dimensión pública que la personalidad de Menéndez Pelayo ocupaba en ese momento. Porque es debido a esa posición pública, a la autoridad intelectual y cultural que se le reconoce —y no sólo desde los sectores derechistas—, a la utilización que se hace de sus palabras, que los conservadores pueden reclamar la *propiedad* de Calderón. Hablar de la autoridad de Menéndez Pelayo quiere decir hablar de un poder intelectual muy por encima del de sus correligionarios, pero también de un poder institucional, tanto en el seno de la Unión Católica como en la sociedad civil, donde su labor pedagógica creará una red de discípulos, autores de historias de la literatura, profesores ellos mismos, que transmitirán por numerosas vías las ideas conservadoras del maestro; red de periódicos conservadores que repetirán y machacarán las mismas nociones.

Retomando la idea del *Brindis del Retiro*, la lectura de todos y cada uno de los planteamientos e ideas contenidos en el *Brindis* nos permite llegar a dilucidar la causa principal por la que Menéndez Pelayo pronunció semejante discurso: bajo ningún concepto uno de los hombres considerados como de los más católicos de su época habría soportado en silencio que la figura de Calderón (a quienes los conservadores habían intentado desde el siglo anterior convertir en símbolo del conserva-

---

<sup>44</sup> Marta Campomar Fornieles, «Menéndez Pelayo en el conflicto entre tradicionalismo y liberalismo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 70 (1994), p. 114.

durismo más españolista) fuera identificada con las posiciones liberales de quienes habían organizado el homenaje. Menéndez Pelayo, que «tenía despiertas todas sus iras contra los detractores de la patria»<sup>45</sup>, debía lanzarse a la batalla. En su opinión, para poder identificarse y honrar a Calderón uno necesitaba ser católico y monárquico, es decir, no debía mostrar reparos a la hora de identificar a Calderón con el «catolicismo y el imperio de los Habsburgo»<sup>46</sup>. Con su discurso, Menéndez Pelayo intentó separar de lo español a sus adversarios ideológicos, que seguían siendo considerados y vistos por todos los de su grupo no sólo como rivales políticos porque defendían una ideología opuesta, sino como enemigos de la patria. En definitiva, podemos y debemos valorar no sólo el *Brindis del Retiro* sino toda la obra de Menéndez Pelayo como lo que realmente fue: «el fruto de un largo periodo de exacerbación en que los bandos en presencia creían posible suprimir al “otro” al que consideraban como disidente»<sup>47</sup>.

En conclusión, debido a la activa y exitosa participación de Menéndez Pelayo en el proceso destinado a la configuración cultural conservadora de la identidad nacional, se puede afirmar que al finalizar el siglo XIX, tras largos y complicados meandros, la derecha española había completado el objetivo principal de su programa político, es decir, el proceso de articulación de un nacionalismo fundido ya con el catolicismo hasta el punto de que apenas se podía distinguir entre la iglesia católica y la nación española. Los conceptos de catolicismo y nación terminaron siendo una misma cosa al final del proyecto que había completado Menéndez Pelayo<sup>48</sup>. La figura y obra del intelectual más reconocido del siglo XIX aportó una gran significación a la noción de identidad nacional defendida por las derechas en España y al papel que en dicha concepción ocupaba la figura icónica de Calderón. El reconocimiento de la actividad teórica que Menéndez Pelayo desarrolló en su obra fue tan grande que dio lugar a la creación después de su muerte del movimiento menendezpelagiano, que más que una orientación crítico-literaria fue el estandarte y el punto de reunión del catolicismo militante

---

<sup>45</sup> Arturo Farinelli, «La labor y la figura intelectual de Menéndez Pelayo», en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, p. 16.

<sup>46</sup> J. Álvarez Junco, *Mater dolorosa*, p. 455.

<sup>47</sup> M. Tuñón de Lara, *Estudios de historia contemporánea*, p. 61.

<sup>48</sup> M. Tuñón de Lara, *Estudios de historia contemporánea*, p. 463; A. Santoveña Setién, *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, pp. 245-246.

y de una buena parte de las derechas españolas empeñadas en seguir los pasos de su maestro.

MARTA MANRIQUE-GÓMEZ  
JESÚS PÉREZ-MAGALLÓN  
MCGILL UNIVERSITY. MONTREAL.

### BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Barrientos, Joaquín, «Pedro Calderón de la Barca en los siglos XVIII y XIX. Fragmentos para la historia de una apropiación», en *Estado actual de de los estudios calderonianos*, ed. de L. García Lorenzo, Kassel, Festival de Almagro; Reichenberger, 2000. pp. 279-324.
- Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa*, Madrid, Taurus, 2001.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2<sup>nd</sup> ed., London, Verso, 1994.
- Baron, André, «Menéndez Pelayo ante la Francia de su tiempo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 50 (1974), pp. 177-354.
- Bezhanova, Olga y Pérez-Magallón, Jesús, «La identidad nacional y Calderón en la polémica teatral de 1762-64», *Revista de Literatura*, n° 131 (2004), pp. 99-129.
- , «Recepción calderoniana, nacionalismo(s) e identidad(es) nacional(es)», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 29, n° 1 (Otoño 2004), pp. 247-266.
- Campomar Fornieles, Marta, «Menéndez Pelayo en el conflicto entre tradicionalismo y liberalismo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 70 (1994), pp. 109-134.
- Cossío, José María de, «Biografía y símbolo de Menéndez Pelayo», en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*. Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 71-94.
- Farinelli, Arturo, «La labor y la figura intelectual de Menéndez Pelayo», en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 13-55.
- Fernández Barros, Enrique, «Menéndez Pelayo y el liberalismo», *Hispanófila*, 28 (Sep 1984), pp. 29-43.
- . «Menéndez Pelayo y el Brindis del Retiro», *Ábside. Revista de Cultura Mexicana*, 37 (1973), pp. 80-83.
- Fusi, Juan Pablo, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

- Iglesias Feijoo, Luis, «Calderón, ayer y hoy. Sobre el origen romántico de la visión actual de Calderón», en *Proyecciones y significados del teatro clásico español*, coord. José M<sup>a</sup> Díez Borque y José Alcalá-Zamora, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2004, pp. 139-159.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, «Brindis del Retiro». *Obras Completas*, Santander, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1941, t. 8, pp. 385-86.
- . *Calderón y su teatro*, Madrid, Impr. de la “Revista de Archivos”, 1910.
- . *Estudios y Discursos de crítica histórica y literaria III. Obras Completas*, Santander, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1941, t. 8.
- . *Epistolario*, ed. de Manuel Revuelta Sañudo, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982.
- . *Historia de los heterodoxos españoles. 2 vols. Obras Completas*, Santander: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, t. 39-40.
- . *La ciencia española I. Obras Completas*, Santander: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, t. 58.
- Pérez Embid, Florentino, «La participación de Menéndez Pelayo en la política activa», en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, ed. de F. Pérez Embid, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 379-408.
- . «Estudio preliminar», en *Marcelino Menéndez Pelayo. Textos sobre España*. 2<sup>a</sup> ed., Madrid, Ediciones Rialp, 1962, pp. 21-162.
- Pérez Magallón, Jesús, *En torno a las ideas literarias de Mayans*, Alicante, Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, 1991.
- . «Hacia la construcción de Calderón como icono de la “identidad nacional”», en *El teatro del Siglo de Oro ante los espacios de la crítica*, ed. de Enrique García Santo-Tomás, Madrid, Iberoamericana, 2002, pp. 275-305.
- . *Construyendo la modernidad: la cultura española en el “tiempo de los novatores” (1675-1725)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002.
- Rozas, Juan Manuel, «Siglo de Oro: Historia de un concepto, la acuñación de un término», en *Homenaje al profesor Francisco Ynduráin. Estudios sobre el Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 411-28.
- Santoveña Setién, Antonio, *Menéndez Pelayo y las derechas en España*. Santander: Concejalía de Cultura, 1994.
- Tuñón de Lara, Manuel, *Estudios de historia contemporánea*, 2<sup>a</sup> ed., Barcelona, Nova Terra, 1977.

- Varela, Javier, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999.
- Vigón, Jorge, «Ante un centenario próximo», en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, pp. 465-72.
- Wulff, Fernando, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (Siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003.